

LOS JOVENCITOS DE SIEMPRE...

HACE tres años, visitando Roma, paseando por el Palatino que sirve de marco natural al Foro Imperial, entre cuyas ruinas se conserva el espíritu de tantos hombres que vivieron en siglos remotos, mi vista tropezó con un monolito, donde había una inscripción hecha a lápiz. Decía: "Liliana Moya, 1967. Chile. Hilda y Edgardo, Chile".

Y no pude menos que pensar en esos tres compatriotas, que viniendo de tan apartado rincón del mundo, se habían maravillado, tal vez, con ese testimonio imponente de una civilización que el tiempo no había logrado extinguir. Que contemplando la inmortalidad de los monumentos y las estatuas con los cuales los emperadores romanos y los artistas del imperio habían logrado trascender los tiempos, evitar el olvido y vencer a la muerte, habían experimentado la congoja de su propia pequeñez y habían sentido la muy comprensible tentación de dejar, ellos también, un testimonio de sus vidas y de su presencia en la vida, por un medio no tan indeleble como la piedra y el arte, sino, simplemente, poniendo sus nombres a lápiz junto a la lápida de mármol que nombraba a los inmortales del Imperio Romano.

Sí, comprendí y simpatiqué con esa desconocida compatriota Liliana Moya y con sus compañeros Hilda y Edgardo, que junto a sus nombres ponían el de su patria en el monolito del Palatino romano. Y junto con comprender y simpatizar, alabé su discreción. Allí, donde estaba, la inscripción no molestaba a nadie. Diferente habría sido, por cierto, si Liliana Moya hubiese tenido el poder de extender un gran lienzo sobre el Foro Romano con la inscripción de su nombre y, con ello, nos hubiese impedido a los visitantes que llegábamos de todas las partes del mundo contemplar el imponente espectáculo de las ruinas romanas.

QUE me perdone Liliana Moya, pero su nombre, no obstante quedar apuntado en mi libreta de viaje, lo olvidé pronto. Que me vuelva a perdonar Liliana Moya, pero su nombre lo recordé la otra noche cuando, en el cine California, fui a ver "La prisionera", de Cluzot.

En la platea, abusando de la burla a la ley que hacen todos los empresarios de cine, había distintos grupos de jovencitos menores de edad que, desgraciadamente para



Laurent Terzieff y Elisabeth Wiener en "La prisionera", que algunos mal educados no dejan ver, amparados por la oscuridad.

ellos y para el resto de los espectadores, no entendieron nada acerca de la película que veían. Y entonces, imbuidos tal vez del mismo espíritu de trascendencia que llevó a Liliana Moya, a Edgardo e Hilda a inscribir sus nombres en una piedra del Palatino, pretendieron trascender de su anonimato, hacer presente que ellos existían en su ignorancia y en su insensibilidad, e impusieron su presencia gritando chirigotas, haciendo ruidos soeces, levantando la voz en sus comentarios vulgares.

A diferencia de Liliana Moya, no tuvieron la molestia de encauzar su natural deseo de trascender del anonimato, en forma que no impidiera al resto interiorizarse en la

película, sino que, con su proceder, instalaron en la platea el gran cartel de su ignorancia y su vulgaridad, para que fuera eso y no el talento de Cluzot el que los espectadores pudieran apreciar.

Y es así como yo, que pensaba dedicar esta página a "La prisionera", tengo que dedicársela, en cambio, a Liliana Moya y agradecerle que, a diferencia de los jovencitos de la platea del California, no haya exteriorizado su natural deseo de hacerse presente, impidiéndome ver el Foro Imperial de Roma.

EL asunto no valdría la pena si quiera de ser mencionado si no se estuviese generalizando peligrosamente.

En la medida que el cine extranjero, correspondiendo a una evolución cultural que es propia de los países europeos y, también, de los Estados Unidos, trata temas en que el sexo deja de ser un elemento tabú y para pretender explicarse su gravitación en los hombres; en nuestro país, donde la educación sexual tímidamente se inicia en escuelas y colegios, esos temas adquieren para un sector del público una connotación lamentable.

Yo dudo, por las observaciones que tuve que oír mientras trataba de ver "La prisionera", que los menores de edad que ilegalmente allí estaban pudieran ser o perversitos o relajados en su moral por la película. Más bien, sus reacciones indicaban que sus mentalidades estaban ya acondicionadas a una visión degradante no sólo del sexo, sino de la condición humana.

El caso no es único. Los comentarios y las chirigotas se han producido en películas como "Teorema" o "Perdidos en la noche" y el público, con mentalidad adulta, ha tenido que soportar la vulgaridad de quienes, incapacitados para comprender o insensibilizados para tratar de hacerlo, imponen, en la oscuridad de la sala, su mala educación.

Por esto, más que por razones morales, convendría fiscalizar el estricto cumplimiento de la calificación de la censura cinematográfica.

Y que me perdone mi desconocida Liliana Moya que haya invocado su nombre, inscrito en el Palatino de Roma, para tratar este ingrato tema. Pero, por contraposición, he recordado su forma de encauzar su necesidad de trascender y la que, con lamentable frecuencia, otros emplean en las salas de cine. ■